

POLITICA

Declaración de Principios

DEL

Partido Socialista Independiente

o o o

ES PROPIEDAD LITERARIA.
SU REPRODUCCION QUEDA
LIBRE PARA LA PRENSA.

o o o

Imp. N. Gorodischer
Catedral 1037
Santiago-Chile

1931



PARTIDO SOCIALISTA INDEPENDIENTE

Su Fundación y sus Principios

Fundamentales

EXORDIO

Durante el período comprendido entre la exaltación a la primera magistratura del país del coronel Carlos Ibañez del Campo, año 1927, y la caída de éste en 26 de Julio de 1931, los partidos políticos fueron deshechos por obra de una dictadura de carácter militar y de esencia civilista, como son todas las tiranías.

Las libertades consagradas por la dignidad humana fueron abolidas Las ideas de todo orden se silenciaron para dar paso a la atropelladora función de un gobierno despótico, incapaz e inmoral, ejercido por una burocracia de ensoberbecidos.

Los grandes partidos históricos no tuvieron la virtud de una fuerza moral suficiente para hacer la unidad de sus enormes fuerzas numéricas, que hubieran podido detener los vejámenes, los abusos de autoridad, las inmoralidades y los crímenes, o por lo menos detenerlos ante la catástrofe financiera que amenazaba al país.

Las apretadas filas de partidarios se disolvieron en pequeños grupos e individuos que no sabían donde estaban sus jefes políticos, ni a qué tareas se dedicaban sus estados mayores de senadores, diputados, altos burócratas y profesionales de la política.

La mancha envilecedora del régimen de fuerza se extendió entre los dirigentes de los grandes partidos históricos, muchos de los cuales pasaron a integrar los organismos de la Administración y los consejos de gobierno, abandonando a su suerte a partidarios y doctrinas.

Radicales y conservadores, liberales y demócratas, llegaron hasta las gradas del solio presidencial para hincar sus rodillas ante el dictador, siempre tornadizo, siempre iracundo y soberbio como un dios mitológico. Solo un reducido número de hombres que antes habían alcanzado el título de jefes políticos y unos cuantos pensadores ilustres, mantuvieron su dignidad y fueron perseguidos, encarcelados o arrojados fuera del país. Otros vivieron en la abstención y en la miseria antes de doblegarse a la tiranía y a la impudicia.

La inmodestia, el orgullo, la desvergüenza se pasearon en regios carros por calles blandas y suaves

ante el silencio y la admiración reverente de un pueblo humillado. Enormes bloques de cemento se alzaron para perpetuar la demencia en que se pretendía envolver al país; monumentos que parecían levantarse para reconocer la inflexible "ley del bronce", piscinas voluptuosas, plazas magníficas, se improvisaban ante los ojos admirados de los príncipes extranjeros, de los turistas y de una sociedad fascinada por tanta grandeza y dinamismo.

¡Los deportados, los encarcelados y los que permanecían ocultos en los bosques o en el hermetismo de sus residencias, ya no reconocerían a su regreso la extensa aldea capitalina, transformada en la ciudad más espléndida de la tierra a costa de un sacrificio de cuatro mil millones de pesos, que gravitará sobre diez generaciones!

Todo esta orgía espantable liquidó las fuerzas ideológicas activas hasta entonces, y ya no hubo partidos porque la causa originaria determinante de este desenfreno gubernativo estaba en los partidos mismos. Todos ellos de esencia individualista, aferrados a los viejos moldes del liberalismo clásico, no eran sino fervientes guardadores de un régimen que se desintegraba por sí mismo y que en los momentos de angustias económicas debía echar mano de la fuerza y del despotismo para subsistir.

Las formas del régimen capitalista no admiten otra solución; su característica es la rigidez.

Dentro de este régimen, anti-social y anti-humano, las fuerzas armadas cumplen su misión, son esencial-

mente obedientes; el clero cumple la suya, y la alta burocracia defiende sus privilegios y empuja a los primeros hacia las barricadas ideológicas que levantan las clases oprimidas.

Es de necia política el ataque a las fuerzas armadas y al clero, en cuanto se supone que obran por el interés de sus instituciones o por alcanzar su beneficio personal exclusivamente. Unas y otras fuerzas obran por virtud del régimen social dominante para defender la concentración capitalista, la fortuna privada, las formas de producción capitalista dentro de sus moldes rígidos y absurdos.

La paz social será una vana esperanza mientras subsista el imperio de un régimen que desconoce el origen de la riqueza, el principio del valor de las cosas y las fuerzas sociales que son la fuente de vida de la humanidad.

Mientras el proletariado no tome el sitio a que tiene derecho la justicia social será una quimera.

Aquellos partidos no descansaban en doctrinas económicas fundamentales: su misión se redujo a hacer de la política el arte del más listo, del más audaz para alcanzar los favores del régimen; sus luchas fueron superficiales, ni siquiera contribuyeron a encauzar el proceso natural de la civilización, de esa decantada civilización refleja que entregó a los gobiernos extranjeros todo el patrimonio nacional.

Sus principios básicos eran los mismos, y sus diferencias de doctrinas apenas se destacaban en el orden sentimental y en ciertas formas rudimentarias de eco-

nomía y de organización política y educacional.

El "clero" fué el objeto más importante para dirimir doctrinas entre conservadores y radicales; y era ello natural en partidos que sostenían un mismo régimen económico fundamental.

Al rededor de estos dos obstinados contradictores circulaban liberales y demócratas, ya plegados en alianzas o coaliciones de proporciones calculadas a las expectativas de la administración y de acuerdo con los pactos suscritos entre jefes de partidos que las masas ignoras acataban con increíble fidelidad, aunque desconocían.

Pero el vaso rígido en que la dictadura pretendía contener las aspiraciones populares, debió fatalmente quebrarse, a pesar de la disolución de los partidos políticos y del desborde inusitado del servilismo que tanto debilitó el concepto de civilidad y de justicia social; a pesar de la fuerza y del terror de las bayonetas; porque el derrumbe financiero, la miseria física, la indignación que provoca contra los gobiernos la incapacidad de subvenir a la vida comun de los habitantes, son fuerzas superiores a todas las metrallas y no tienen otra solución que la implantación inmediata de nuevas formas de vida de la sociedad, dentro de un régimen en el cual imperen la equidad, la justicia productiva y el reconocimiento de los valores económicos y sus derechos.

Roto el molde férreo de aquel gobierno, en medio de la conmoción política más sugerente de nuestra época, las ideologías que antes fueran utopías y qui-

meras, presentan hoy sus perfiles filosóficos y nuevos partidos se organizan sobre grandes doctrinas que palpitan en la conciencia de los trabajadores, desde el más pacífico empleado hasta el obrero más modesto.

Cuidadoso de su doctrina, el Partido Socialista Independiente se ha formado por elementos de selección, como un hilo de agua cristalina en medio de la turbia corriente de los resabios políticos, de los cuales en hora oportuna supo desvincularse con entereza. No consiguieron las viejas raigambres sujetar a sus hombres dirigentes en la roca estéril.

Este partido será el "partido del porvenir", en su seno no palpita otra ambición que la de luchar tesoneramente por la transformación del régimen económico imperante. Queremos formar una fuerza grande por sus convicciones, por su moralidad política y por su acción tenaz. El proselitismo no nos seduce, solo buscamos calidad; queremos hombres educados para la hora de nuestras realidades, queremos la madurez del proletariado y la liberación de su clase, y nuestro objetivo, que no es de esta hora, se destaca con los caracteres de un avvenimiento seguro para felicidad colectiva.

Santiago, 9 de Noviembre de 1931.

2 3



Declaración de Principios

El Partido Socialista Independiente declara:

Primero.—Que es un partido de clase.

Aclaración.—Segun nuestro concepto la sociedad está dividida en tres grupos: capitalistas, altos burócratas y productores. Los dos primeros forman la clase de los EXPLOTADORES y el último la de los Explotados.

Los gobiernos llamados democráticos están generalmente constituidos por individuos de los dos primeros grupos, y la gran mayoría de los partidos políticos obedecen a las inspiraciones y conveniencias sociales de ambos grupos.

El primero, cuya existencia se justifica porque sus-

tenta principios fundamentales basados en el régimen económico que le garantiza su preponderancia social, ha puesto al servicio de sus intereses materiales los descubrimientos de la ciencia, la influencia de las religiones en la conciencia de los individuos y de las sociedades; el poder armado de la fuerza que tiende a reprimir las nuevas formas de los regímenes sociales; y la fuerza-trabajo producto natural del intelecto y del músculo, como mercancía que fluctúa en la balanza mercantil. subordinada a los errores del régimen.

El segundo grupo, o alta burocracia, que bien pudiera considerarse como simple ejecutor del capitalismo, ha llegado en algunos países a constituir una verdadera casta aunque carece de ideales superiores y de organización definida.

Está formado por los altos funcionarios de la Administración Pública, por los grandes administradores y gerentes de las empresas capitalistas y por los conspícuos directores de las instituciones privadas que actúan sobre la sociedad. Sirven el interés capitalista o sea a la subsistencia del régimen económico imperante, a cambio de sueldos subidos, de falsos honores y prebendas; se oponen a toda tentativa societaria de los productores libres; proporcionan a los poderes públicos los estudios sobre proyectos de leyes, estadísticas y planes financieros y políticos.

Los individuos de este grupo se han introducido en la prensa, en el poder judicial, en el sacerdocio y en la milicia, y si no han llegado a dominar al capi-

talismo es porque de él se sustentan y porque van hacia él.

Constituyen una fuerza política poderosa porque han invadido el Parlamento y las directivas de todos los partidos burgueses. En este grupo están los jefes visibles de los partidos cuyas luchas se singularizan por una constante rivalidad práctica cerca a los gobiernos y a las grandes empresas industriales.

Instrumentos del capitalismo, buscan la satisfacción de sus ambiciones sociales en el arribismo, y la justificación de su fidelidad en la opresión de los empleados y de los obreros bajo sus órdenes.

Este tipo de ciudadano es individualista intransigente y reaccionario, agudo y perpicáz; ha sido el causante de todos los errores y abusos de los gobiernos de fuerza, de los cuales se ha valido con astucia y sagacidad. Es cruel con los caídos que antes fueron sus señores, adula al que gobierna y teme el avance de las ideas libertarias. El triunfo de los productores tiene para él los caracteres de una hecatombe.

El gran burócrata llega hasta el poder omnímodo y cae para convertirse en individuo de clase indefinida.

El tercer grupo: de los PRODUCTORES, lo forman los trabajadores del brazo y de la inteligencia: empleados, obreros, artesanos, pequeños industriales y cultivadores agrarios, a los cuales se ligan los profesionales libres, artistas, literatos y filósofos.

Este grupo no necesita de los dos anteriores para constituir una sociedad basada en la satisfacción de todas las necesidades físicas y espirituales del hom-

bre. En cambio, los dos primeros no podrían subsistir por sí solos, porque todo el fundamento económico del régimen, que constituye la estructura de la sociedad, lo encuentran en la clase productora. Retiremos ésta de la colectividad y el edificio social, perdidos sus fundamentos, se derrumbará.

El Partido Socialista Independiente nace en Chile para servir los intereses de los productores y por eso es un partido de clase.

Segundo.—Que su base fundamental es la concepción materialista de la historia.

Aclaración.—La vida social encuentra las bases de sus organizaciones y la esencia de todas sus modalidades, en las relaciones económicas de los individuos y en el desarrollo material de los pueblos.

Sin ahondar demasiado en la investigación de los hechos históricos, porque ello no es necesario, tenemos que, acaso sea el régimen capitalista el que ha contribuido incesantemente a plantear con caracteres irrefutables nuestra afirmación científica fundamental.

Por vía de ejemplo diremos: que ni la Revolución Francesa fué un acontecimiento netamente social, ni la liberación de las colonias españolas, o pueblos sudamericanos, un hecho histórico puramente político. Estos accidentes en la vida de los pueblos, obedecie-

ron a causas profundas que ofrecen abundante prueba de diferencias económicas.

Las revoluciones que han alterado un orden político o social determinado en cualquier época y parte del mundo, han sido la expresión práctica de un efecto cuyas fuerzas determinantes estaban en la existencia de una lucha por la forma de vida de los pueblos y en las relaciones materiales entre explotadores y explotados. Las crisis de las revoluciones, como sus fases más activas, han estado siempre sometidas ya a la abundancia de medios materiales, ya al agotamiento de éstos.

El ideal religioso que inflamaba a los conquistadores en épocas remotas; el amor bélico a la patria que encendía el fuego de las guerras entre naciones, fueron quimeras que exaltaron, en verdad, el espíritu de los pueblos. No obstante, declinaron ante la transformación que se operaba hacia la materialidad visible y absorbente de nuestra época; y en el fondo de aquel misticismo y de aquella heroicidad palpitaba la materia soguzgada por las necesidades naturales y sometida a la ambición de la riqueza o el poder.

Las cuestiones de orden político, religioso, jurídico, como las expresiones de justicia, libertad, moral, forman la superestructura del edificio social, en tanto que las relaciones económicas de los hombres y la vida material de los pueblos son su fundamento y su infraestructura.

En el orden de las relaciones entre productores y detentadores del valor del trabajo, esta concepción se

manifiesta en la concentración de los medios de producción y, por consecuencia, en el dominio de una minoría capitalista sobre la inmensa mayoría formada por los trabajadores.

No es ésta una simple afirmación ideológica del Partido Socialista Independiente, sino el eje de su acción doctrinaria, y en esta virtud, "su afirmación fundamental".

Tercero.—Que se apoya en la teoría del valor.

Aclaración.—La única fuerza que produce valor es el trabajo, ya de la inteligencia, ya del músculo, o ambas unidas en un fin productor.

La fuerza-trabajo es el nervio que mueve todo el organismo social, y como nos encontramos frente a un régimen económico en el cual el factor capital asume la función del nervio vital que es el trabajo, y éste permanece supeditado y sin medios para asumir íntegramente su función, fuerza es apoyar toda la ideología de nuestro partido en esta teoría fundamental.

El origen del valor de todas las cosas de que el hombre se sirve está en la necesidad de transformar los elementos de la naturaleza y, entonces, es el trabajo, ya de la mente, ya del músculo, la fuerza que verifica la transformación y crea el valor individual de las cosas.

El hombre lleva en sí mismo una porción de fuerza-trabajo que pone en actividad frente a las cosas

para satisfacer sus necesidades. Si esta fuerza queda sometida al interés mercantil se transforma en mercancía, y el trabajo convertido así en objeto de una importancia relativa, queda sometido a las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Resulta de esto que las necesidades que han determinado la acción del trabajo pueden ser o no satisfechas, según sea el interés del capitalista, pues que no han sido las necesidades mismas las reguladoras de la intensidad o extensión del trabajo.

Cuando el proceso de la concentración de los medios de producción, que es una característica del régimen capitalista, produce la crisis de la industria y del comercio en una nación o en varias naciones, la fuerza trabajo no tiene demanda, y, entonces, el productor se ve en la obligación de ofrecer sus energías físicas o sus reservas intelectuales a vil precio para no morir de miseria.

Disminuye, por consecuencia, la demanda de toda clase de productos y mercancías, aumenta el número y categoría de las cosas accesorias y caen en desuso innumerables objetos de comercio; entonces se dice que hay exceso de producción, y mientras los productores se debaten aterrados por el pauperismo, las mercancías y productos se destruyen.

El trabajo, como única fuerza que crea valor, no tiene ingerencia en la distribución de los productos y mercancías que ha creado y que no salen al consumo en épocas de crisis. Si saliesen al mercado consumidor, el precio de ellos descendería a un nivel más bajo

que la parte de valor-trabajo pagada a los productores. y el capitalismo sufriría un quebranto peligroso, acaso nó mortal. El quebranto y la muerte se cierne, en cambio, sobre los productores, los que para evitar el pauperismo recomienzan el fatal cumplimiento de la *ley del bronce*, sacrificando un enorme porcentaje de su fuerza-trabajo en aras de la *r*econstrucción capitalista.

El origen del valor está en la fuerza-trabajo, y un partido de clase productora tiene que apoyar necesariamente su doctrina en esta teoría inamovible.

Cuarto.—Que se orienta hacia la socialización de todos los medios de producción.

Aclaración.—La concentración de los medios de producción (tierras, edificios, maquinarias, herramientas, etc.) es inherente al régimen capitalista.

La inalterable marcha de los factores que constituyen la acumulación de riqueza, la absorción creciente y fatal entre los poseyentes, esa fuerza instintiva, a las veces inconsciente, que guía al régimen capitalista hacia la concentración de los medios de producción, va provocando un aumento del número de productores, y los nó poseyentes reciben en sus filas uno tras otro a los expropiados de la industria, de la agricultura y del comercio.

La industria individual privada cae vencida por la gran industria; la pequeña granja cede a la gran ha-

cienda; el pequeño comercio cierra sus puertas ante la competencia de la distribución directa hecha por el mayorista; la propiedad individual del pequeño poseedor toma el caracter de mercancía, fluctúa en el comercio de propiedades y se inscribe en el registro de hipotecas hasta que es absorbida por el capitalista.

El régimen capitalista va de este modo en camino de ser estrangulado por su propio mecanismo, segun se advierte en el curso normal de su existencia y, con absoluta claridad, en los períodos críticos.

Dentro de este régimen anti-social y anti-humano, los productos no responden al cumplimiento preciso de las necesidades humanas, ni en calidad, ni en cantidad, ni en distribución; sino que pasan a ser objetos de un comercio sin control y de un mercantilismo ciego e infecundo que marcha instintivamente al caos y a la anarquía.

El gran fabricante no piensa en lo que la humanidad necesita para su desenvolvimiento y su progreso hacia nuevas formas que le acerquen más y más a una vida mejor, sino en extender su clientela al máximo posible con el máximo de provecho para él.

La concentración de los medios de producción es la tendencia natural del régimen y de cada uno de sus individuos, los cuales aspiran a ser los árbitros de la producción mundial para, una vez llegados a esta cúspide inmoral del capitalismo, explotar a la humanidad entera proveyéndola de objetos, instrumentos o mercancías, de aplicación o uso periódico que multiplican la reedición de los capitales, a tal punto que

la fuerza-trabajo no alcanza a cubrirla y sobrevienen las grandes crisis y, por consecuencia, la pauperización de las masas.

A evitar esta concentración capitalista y este sistema artificial basado en el mercantilismo, tiende la socialización de todos los medios de producción.

La primera fuente de la vida colectiva es la tierra; la sociedad toda vive de ella y para ella; los frutos de la tierra son de todos porque toda la humanidad los requiere para satisfacer sus necesidades.

Si la propiedad individual hubiese sido antes, fuese actualmente o pudiese ser en el futuro un hecho general posible, nada habría qué hacer en este sentido, y el principio de propiedad privada sería el más respetable de todos.

Nuestro partido sustenta el derecho de propiedad como el más respetable y sagrado cuando emana de un principio ineluctable, como la fuerza-trabajo, por ejemplo. Y aun este derecho está regido por la obligación de emplear esa fuerza creadora en la satisfacción coordinada de todas las necesidades físicas y espirituales de la sociedad.

La socialización de todos los medios de producción es, en consecuencia, uno de los más claros fundamentos de la doctrina socialista.

Quinto — **Que su acción será en principio revolucionaria.**

Aclaración.—No se trata en esta declaración de una acción confiada preferentemente a la fuerza, por-

que la acepción que le da carácter se basa en la capacidad de la inteligencia, en la sabiduría y en el conocimiento de las circunstancias en que se actúa.

Nuestra expresión “revolucionaria” corresponde al concepto de “transformación”, para demostrar con ello que no admite reformas ni paliativos destinados a prolongar el estado de anarquía en que vive la sociedad.

La “revolución” en el sentido de asonada, motín, acción violenta, está en pugna con las ideas de capacidad intelectual, habilidad, astucia, y en general, con todas esas grandes condiciones de la mente que dan confianza y seguridad a los hombres para imponer sus doctrinas y practicarlas.

Los medios violentos son generalmente estériles, muchas veces contraproducentes, y siempre obedecen a cierta incapacidad para llegar a las soluciones que se buscan, sea que se adopten por los de arriba hacia los de abajo o por éstos contra los otros.

Hay ocasiones, sin embargo, en que las leyes escritas y las leyes naturales justifican la acción violenta de los individuos o de las colectividades: el abuso de la fuerza, la usurpación, el atropello a lo que el hombre reputa su dignidad o su derecho, justifican la violencia y, en este orden de cosas, nuestro partido no puede excluirse de la regla.

Armando Corvalán Quezada, Jorge A. Medina, Huberto Salgado, Albino Pezoa, Santiago Nilson Barrientos, Joaquín Real Jelves, Juan Ant. Carvajal.
— Por el Consejo Ejecutivo Central.

Notas:

—La acción política del Partido Socialista Independiente se desarrolla por la divulgación de su doctrina socialista integral; por la fundación de nuevas secciones en todas las provincias y por sus relaciones con las entidades afines.

—En provincias, conocidas nuestras declaraciones fundamentales, pueden organizarse espontáneamente comités para fundar las secciones locales (o asambleas) comunicando inmediatamente al Consejo Ejecutivo Central los nombres, actividades profesionales y dirección postal de los miembros del comité que se forme.

—Toda correspondencia, debe venir dirigida: Al Consejo Ejecutivo Central del Partido Socialista Independiente, Santiago, Avenida Portugal N.º 946.

En Prensa

Proximamente aparecerán los folletos siguientes, de propiedad literaria del Partido:

Programa general y Acción Inmediata-C. E. C.
Individualismo y Colectivismo - Armando Corvalán.
La Teoría del Valor -